

caizantes que andan cazando a lazo vocablos engolados y fríos para hacer con ellos algo semejante al retrato de golilla de la fábula de Iriarte. A Unamuno hay que leerle despacio, con lectura de filólogo, saboreando el vocablo, jugoso, maduro, propio para el caso. En *Paz en la guerra* apunta esta compenetración del escritor con la lengua, que, siguiendo el proceso general en el literato como en el artista, ha llegado después a la madurez, al dominio y fácil manejo del material artístico. Unamuno me recuerda a Juan de Valdés. Tiene el saber y el *sabor* del idioma. El estilo de Unamuno le parecerá escabroso y borrasco a tal hablista seducido por los figurines arcaicos. Tiene la gran virtud de la propiedad: una expresión sobria, magra, certera, penetrante, que en los momentos de emoción (en las poesías por ejemplo) se caldea e ilumina con fuego poético. El léxico es superior a la construcción, acaso, aunque ésta participa de la sencillez y propiedad que se observan en el uso del vocablo.

UNAMUNO Y TOLSTOI

Por el espíritu filosófico, *Paz en la guerra* recuerda a una de las más grandes novelas que ha producido la literatura universal en el siglo XIX, *La guerra y la paz*, de Tolstoi. Esta desenvuelve su acción en el vasto escenario de las guerras napoleónicas; la española, en el pequeño ámbito local de una guerra civil de escasa trascendencia universal y corta perspectiva histórica. Mas la virtud de la mirada filosófica consiste en elevar el caso humano a términos de universalidad, aunque en sí sea menudo y frágil. Ambas novelas ennoblecen y enriquecen la visión épica con el contenido moral y el combate psicológico. El héroe, el tipo puramente épico, es algo superficial y primitivo, esencialmente fenoménico, una exaltación del fenómeno, si no se mira más que la proyección material, la hazaña, el estrépito bélico. Ante la visión filosófica, la guerra y la paz se presentan como movimientos de flujo y reflujo, como olas del devenir humano, mudable y perpetuo.

Honra a la novela de Unamuno el que despierte tal recuerdo.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(El Sol, Madrid).

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

2) Asuntos de las Antillas

El imperialismo yanqui

(Concluye. Véase el número anterior)

Conocidos sus fundamentos *sobrenaturales* y su estupenda misión, oigamos el juicio que sobre la Democracia norteamericana formula Francis Grierson: «Hay en América un elemento de *snobismo* tan sutilmente ambicioso, tan duramente dominante, que nada escapa a su marchitadora influencia. Socolor de intereses nacionales, hace sentir su presencia en el Capitolio y en los concilios, del mismo modo que en los centros comerciales... Sobre la palabra Imperialismo hay un imperioso repiqueteo: suena con un tono bélico que implica desconfianza y mando. Aspira no sólo a igualdad con las viejas casas imperiales, sino a la superioridad en riqueza y poder mundial... Lincoln se mantuvo en esa línea misteriosa que separa las gloriosas proezas del pasado de los privilegios populares del presente y del inmediato futuro; paró ante las tumbas de Gellysbury, como la figura suprema del mundo. De la muerte de Lincoln al advenimiento de Cleveland, la era del privilegio en América cumplió su obra y la de la vanidad comenzó. Tres cosas han causado esta prematura vejez: el rápido y continuo aumento de la riqueza, la pasión americana por los viajes y una apresurada, superficial cultura. Larga y continuada prosperidad han creado un amor al lujo sin paralelo en la historia del mundo...; escuelas, colegios y literatura baratas, la creencia en que la más alta cultura consiste en oír y ver.

«Un pueblo que está gobernado por algunas veintenas de millonarios cuyos padres habían habitado moradas palaciegas, no es tan joven como lo supondría un observador superficial. Los americanos han vivido tan aprisa, que sólo un insignificante pequeño número ha tenido tiempo para leer y digerir la obra de los grandes pensadores y escritores... Científicamente considerado, el hombre de negocios americano tiene joven la cabeza; socialmente considerado, tiene viejo el corazón. En punto a imaginación, todavía inventa y crea; en punto a sentimiento, está disgustado y *blasé*.

«Al pueblo americano, cuyos *leaders* no son los ministros, ni los hombres de ciencia, ni los pensadores, sino la clase rica de Washington, Nueva York y Chicago, se le está ejercitando y preparando rápidamente para las pompas del Imperio. Por el continuo buen éxito en el mundo manufacturero y la

dominación de los mercados de granos de Europa, los trabajadores americanos serían capaces de vivir con tanto *confort* como un emperador.

«Es un error suponer que el lujo, codicia y ambición americanos, son recientes desarrollos de la vida nacional. Wendell, Philips, Garrison, Sumner, Brooks, Hale ya no cuentan, excepto entre una pequeña clase de gente culta perteneciente a los Estados de Nueva Inglaterra. Los discursos y escritos de los Emersons y Parkers no influyen ya en la mente nacional. La nación entera está influida ahora por las clases ricas de los centros de tono. Washington brilla con el resplandor de embajatoria pompa; Baltimore tiene una corte cardenalicia; Nueva York es al par católico y episcopal; Chicago distingue entre los millonarios de corral y los del *Stock exchange*... La más terrible especie de orgullo, dice Carlyle en su *Revolución Francesa*, es el orgullo de la bolsa. Muerte y destrucción pueden sólo extinguir el delirio de la vanidad». (*The Doom of American Democracy*).

Los caracteres del imperialismo norteamericano son los siguientes: tiene por objeto el sometimiento de Estados cuya independencia y soberanía ha reconocido y tiene el deber perfecto o imperativo de respetar (Labra, Waleffe); es una avaricia ciega por mercados, por minas, por la explotación y monopolio de todos los recursos naturales de todos los países débiles, por todo lo que produzca el oro, metal de que son insaciables; su forma es la penetración pacífica, prestando dinero, comprando tierras, fomentando empresas y revoluciones, creando la animosidad entre los demás Estados e impidiendo celosamente su federación; en una palabra: la expansión comercial, abriendo el camino a la ingerencia en los asuntos interiores, a la oferta o imposición de sus buenos servicios, a los abusos de toda clase, a la intervención y, finalmente, a la ocupación militar, a la mediatización en toda forma, al protectorado, la conquista y la anexión; todo con una profunda hipocresía en los comienzos, con una brutalidad primitiva en los medios y una infatuación y un mal disimulado desprecio constantes e intolerables (Boutmy, Banal, Montferral, etc.)

Pero nada podría dar mejor idea de la altanería y descaro de la política imperialista yanqui, que oír expresarse